

Había una vez un pastor que apacentaba su rebaño en los campos que rodean a Roma. Por la noche, retiraba las ovejas al redil, comía un poco de pan y queso, se tendía sobre la paja y dormía. De día, siempre fuera con las ovejas y el perro, con sol o tramontana, agua o viento. Lejos de casa durante meses y meses, siempre solo. Es dura la vida del pastor.

Una noche, cuando se iba a acostar, oyó una voz que le llamaba.

—¡Pastor! ¡Pastor!

—¿Quién es? ¿Quién me llama?

—Amigos, pastor, amigos.

—La verdad es que, aparte de mi perro, no tengo muchos amigos. ¿Quién es usted?

—Sólo un caminante, pastor. He andado durante todo el día y tengo que caminar todo el de mañana. Yo no tengo dinero para trenes. Me he quedado sin cena y sin provisiones. He pensado que a lo mejor tú...

—Entre y siéntese. No tengo más que pan y queso. La leche no falta para beber. Si se da por contento, sírvase.

—Gracias, eres muy generoso. Buen queso este. ¿Lo has hecho tú?

—Con mis propias manos. El pan es un poco viejo, hasta mañana no me lo traerán fresco. Si fuese ya mañana por la noche...

—No te preocupes, este pan también es excelente. Cuando se tiene hambre es mejor el pan pasado hoy que el fresco mañana.

—Veo que está al tanto de los problemas del estómago.

El caminante comió y bebió. Luego el pastor le cedió la mitad de su paja para que pudiera descansar. Por la mañana se levantaron juntos, con las primeras luces del alba.

—Gracias una vez más, pastor.

—Anda que, por un poco de paja...

—He dormido mejor que en una cama con doce colchones.

—Veo que también entiende de camas duras.

—He dormido tan bien —siguió el caminante— que quiero dejarte un pequeño recuerdo.

—¿Un recuerdo? Pero... pero si es un anillo...

—Vamos, sólo es un anillito de hierro, sin ningún valor. Un recuerdito como te he dicho. Pero procura no perderlo.

—No lo perderé.

—Podría serte útil.

—Si usted lo dice...

Se saludaron. El pastor se guardó el anillo en el bolsillo y se olvidó de él. Aquella noche llegaron dos bandidos a su redil, armados hasta los dientes.

—Mata a un cordero —ordenaron al pastor— y ásalo al asador.

Con tipos de esa calaña no quedaba más remedio que obedecer.

—Sal, ni poca ni mucha.

El pastor saló la carne sin respirar.

Menos mal que la cena pareció de su gusto. Incluso, aquel de los bandidos que hablaba y daba órdenes y tenía todo el aire de un jefe, en determinado momento dijo:

—No sé lo que vales como pastor, pero como cocinero estás en forma.

—Bah, se hace lo que se puede...

—Exacto. ¿Qué podías hacer? Cocinar. Y has cocinado. ¿Y nosotros qué podemos hacer? Comer. Y estamos comiendo. El resto vendrá después.

—¿El resto? No comprendo.

—Comprenderás, pastor, comprenderás. Tu desgracia es habernos visto la cara.

—No me parece una gran desgracia —dijo el pastor, como diciendo: «Bueno, no os menospreciéis de esa forma, tampoco sois tan feos». Pero el bandido le explicó de qué desgracia se trataba.

—Querido mío, si vuelves al pueblo y hablas de nosotros, las cosas podrían ponerse mal, ¿no te parece? Puedes describirnos a los guardias: uno es viejo y ciego de un ojo, el otro es más joven y tiene una verruga en la nariz...

—Pero no tiene ninguna verruga en la nariz.

—Lo decía por decir. El hecho es que ahora eres un peligro para nosotros. Pero no te preocupes, te haremos una hermosa tumba, y hasta te plantaremos florecitas...

—¿Una tumba? Pero... ¿qué quieren hacerme?

—Hijito, no querrás que te metamos vivo en la tumba ¿no?

—¡Quieren matarme!

—Pastor, eres verdaderamente duro de mollera. No queda más remedio. Pero será cuestión de un minuto, un minutito. Cuesta menos morir que trabajar. Será cosa de... ¡Eh, pastor... Eh, digo! ¿Dónde te has metido? ¡Pastor! Adelante, socio: tú búscalos por aquel lado y yo le buscaré por aquí. Pastor, sal, era una broma. Nadie quiere matarte. Vamos, deja ya de jugar al escondite... ¡Pastor!

¿Qué es lo que había pasado? Lo que había pasado es que mientras escuchaba las amenazas de los bandidos, el pastor se metió la mano en el bolsillo y había tocado el anillito de hierro distraídamente. En ese mismo instante se hizo invisible. Estaba allí, sentado junto al fuego, y los bandidos no podían verle.

Lo buscaban, lo llamaban, con las armas empuñadas, dispuestos a matarlo. Y él no se había movido. Le daba demasiado miedo hacer un solo movimiento. Tenía miedo hasta de respirar.

Primer Final

Por fin los bandidos se cansaron de buscar al pastor y se prepararon para regresar a los montes de Tolfa, donde tenían su guarida. El pastor, dejando el rebaño al perro, seguro de que lo guardaría bien, los siguió procurando no hacer ruido. A veces una hoja seca crujía bajo sus zapatos, o un guijarro saltaba sobre el sendero. Los bandidos se detenían, miraban alarmados alrededor, pero no veían nada ni a nadie y reemprendían el camino suspirando.

—Qué raro —refunfuñaba el jefe—, tengo continuamente la impresión de que alguien nos sigue.

El otro bandido decía que sí con la cabeza.

—Pero no hay nadie —añadía el jefe.

Y el otro bandido, con la cabeza, decía que no. Su regla era no contradecir nunca al jefe.

El pastor los siguió al bosque, los siguió al monte, hasta la caverna donde los esperaba el resto de la banda. Escuchó lo que decían en medio de ellos, que casi lo tocaban; pero si una mano o un brazo le caían muy cerca se echaba a un lado enseguida. A una hora determinada los bandidos se levantaron, tomaron las armas y se marcharon todos a asaltar un tren. Al quedarse solo, el pastor inspeccionó la caverna, levantó todas las piedras, miró bajo los jergones y por fin, en una trampilla oculta por una piel de lobo, encontró lo que buscaba: su tesoro, el fruto de sus rapiñas, oro, joyas y dinero en gran cantidad. Llenó la alforja y luego también la capa, extendiéndola en el suelo. Al volver, andaba encorvado debido al enorme peso. Pero no vayáis a creer que volvía al redil, con las ovejas y el perro. ¿Para qué quería un solo rebaño, ahora que era rico y si quería podía comprarse cien? Tomó el camino de la ciudad, eso es. Y al tiempo que andaba canturreaba para sus adentros: «Roma bella, llega a ti un pastorcillo más rico que un rey.»

Segundo Final

Cuando se marcharon los bandidos, cansados de buscarlo sin resultado, el pastor besó el anillo que lo había salvado y en ese instante, gracias al beso, volvió a hacerse visible. Se dio cuenta porque el perro, que parecía haber estado dormitando, dio un brinco ladrando alegremente.

—Muy bien —dijo el pastor—, también tú te das cuenta, ¿verdad?, de la suerte que hemos tenido. Pues sí, amigo mío: se acabó esta vida tan dura, de una vez por todas diremos adiós a estas aburridas ovejas. ¿Sabes lo que he pensado? He pensado hacerme detective, policía privado. Gracias a mi invisibilidad podré realizar toda clase de investigaciones sin llamar la atención. Podré entrar y salir de las casas de los malhechores, recoger pruebas, hacer fotografías, etc.

Confundiré a los ladrones más avisados. Desenmascararé a los falsificadores y atracadores más hábiles. Y me haré famoso en Italia y Suiza. Y a lo mejor también en Prusia.

Y así sucedió. Unos meses después los periódicos de media Europa no hablaban más que de las hazañas del que habían bautizado como «el rey de los investigadores»,

quien, por cuenta propia, eligió el nombre de batalla de Doctor Invisibilis.

Tercer Final

El pastor se puso muy contento por su suerte.

—Bendito sea este anillo —decía— y el que me lo ha dado.

Pero desde aquel momento, el miedo a perder el anillo no le dejaba tranquilo.

En el bolsillo —pensaba— no puedo tenerlo: cualquier día, al sacar el pañuelo, se me caerá y adiós muy buenas. Es mejor que nadie me lo vea, podría robármelo un ladrón. Lo esconderé... Pero ¿dónde? Ya está, en aquella planta, donde hay aquella hendidura.

..

Y así lo hizo. Luego se llevó a pastar a las ovejas, fantaseando sobre lo que podría hacer con el anillo encantado. Todas eran unas fantasías preciosas, pero destinadas a seguir siéndolo. Pues mientras tanto, una urraca había encontrado el anillo, se lo llevó a su escondite muy escondido. Y así es como en vez de un pastor invisible hubo un anillo invisible e inencontrable.